

# LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Ángel José Fernández

## “Mis visiones de José Alfredo”

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Número 67, enero-marzo de 2024, pp. 46-48.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana  
Dirección Editorial

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

# MIS VISIONES

## de José Alfredo\*

Ángel José Fernández

Ahora que me preguntan sobre José Alfredo, me doy cuenta de que no hay uno solo sino muchos José Alfredo Jiménez, unos altos y entrañables; otros más bien para el olvido. Cuando José Alfredo murió, el 23 de noviembre de 1973 (ya se cumplió medio siglo de su desaparición), a mí me parecía, a mis 20 años de edad, que en la letra de sus últimas canciones había exacerbado su machismo. A mí, por ejemplo, se me hace despreciable lo sobrado de su discurso: “dirás que no me quisiste / pero vas a estar muy triste / y así te vas a quedar. // Con dinero y sin dinero / hago siempre lo que quiero / y mi palabra es la ley...” [etc.], versos para mí bastante deleznable del malhadado “El rey”, quizá su último éxito y el cual sigue escuchándose en los momentos más ardorosos de ágapes y borracheras.

Ese discurso oblicuo del machista, que tanto le celebran los engallados machos alfas, a mí me repugna y me parece agresivo y gratuito. Así me lo pareció inclusive desde la primera vez que lo escuché. A este José Alfredo sobrado yo lo dejo en el limbo. En cambio, celebro su poesía lírica, su gran altura poética, sus grandes y conmovedoras canciones y baladas amorosas, su romanticismo ranchero y sus corridos épicos, trágicos y sentimentales.

Hay, a pesar de lo dicho, muchos otros José Alfredo Jiménez.

**José Alfredo fue el poeta lírico de la época bohemia. Un inspirado, sin cuaderno y sin notas, con su canto de oídas. No tenía más armas que el impulso brutal de sus sentimientos y la pulsión del cazador solitario del amor. Era un creador extraño: no sabía música ni ejecutaba ningún instrumento musical.**

Uno fue el cantante de estilo peculiar, que interpretaba como ninguno sus propios cantos; aquel que era inimitable, aunque el estilo y sus modos en los escenarios superaban –y con mucho– su registro y la potencia de su voz. José Alfredo era un cantante singular, personalísimo, quizá como Agustín Lara cuando al cantar sus obras le imponía su estilo a la medianía de su voz o su decir, que no a su canto; o bien como Armando Manzanero, quien sin el recurso de la voz, apostaba por un estilo, casi hablado como el de Lara; o como Vicente Garrido, quien al cantar más bien hablaba sus boleros y canciones, pero que cosechaba triunfos gracias al gran maestro que era al ejecutar sus canciones y melodías en el piano, junto a su tersa y apagada voz. Mayor realce dieron a estas voces creadoras lo virtuoso de sus intérpretes, quienes les abrieron el camino a los principales escenarios del mundo musical.

Muy superior ha sido, en mi visión de aficionado y fanático,

el José Alfredo Jiménez compositor, el creador de unas cuatrocientas piezas, de las que más de cien siguen aún hoy vigentes en el repertorio de la música popular mexicana (y donde otra centena permanece aún inédita, a la espera del milagroso descubrimiento). Entre sus obras ampliamente reconocidas, distingo dos tipos de estilos de composición: sus canciones

líricas –de carácter amatorio, de exigencia y despecho– y sus corridos épicos o populares. José Alfredo era un poeta de doble cuerda: una era la del bolero ranchero y otra la del trovador romancero.

José Alfredo fue el poeta lírico de la época bohemia. Un inspirado, sin cuaderno y sin notas, con su canto de oídas. No tenía más armas que el impulso brutal de sus sentimientos y la pulsión del cazador solitario del amor. Era un creador extraño: no sabía música ni ejecutaba ningún instrumento musical. Solamente echaba mano de su voz, de sus ritmos, de sus melodías –que han sido ante todo las de un creador altamente intuitivo–. Todos estos atributos lo han encumbrado como el más genuino de los compositores del género ranchero. José Alfredo tarareaba melodías y arreglaba textos; y sobre el fraseo del tema iba apareciendo la historia construida. Repito: José Alfredo fue un compositor vernáculo sin técnica musical y sin conocimiento



Darío Díaz: *La ida y la espera*

de la ejecución, aunque supo suplir estas carencias con una poesía de gran altura lírica.

Recordemos que, en la trayectoria de su vocación inicial como futbolista profesional, llegó a ser portero del mítico Club España, en donde compartió la portería con Antonio *La Tota* Carbajal, conocido también como *El Cinco Copas*. Y como portero sin suerte no es portero, al abandonar la carrera de futbolista y lanzarse por el sinuoso camino del cancionero vernáculo, José Alfredo conservó para siempre su maravilloso trébol de cuatro hojas.

Con este trébol, encontró en el camino al maestro Rubén Fuentes (1926-2022), el mejor arreglista musical de su tiempo y generación, con quien complementó la figura artística de ser compositor y además realizarse como cantante de boleros, sones, huapan-

gos y corridos. En este lance importantísimo también cruzó por su camino don Silvestre Vargas, quien puso a su disposición el portentoso Mariachi Vargas de Tecalitlán. Quizá provenga de su fama la frase que reza: “De Cocula es el mariachi, / de Tecalitlán los sones”.

Y los sones que cantaba José Alfredo los arreglaba, en la segunda mitad del siglo xx, el maestro Rubén Fuentes. A consecuencia de una serie afortunada de sucesos, y aquí la Fortuna partiría indudablemente del talento natural del poeta José Alfredo Jiménez, el aspirante a cantante y autor tuvo acceso a las radiodifusoras, a los programas en vivo, a los teatros y a las salas de grabación.

Atrás había quedado la actitud del huérfano de padre, que aceptaba, a sus 10 años de edad, el desarraigo de su tierra; y quedaba atrás aquel que en

**José Alfredo fue un poeta intuitivo, de gran sensibilidad y, a veces, sentimental en extremo; siempre libre de cursilería, aunque gustaba de decirle al pan, pan, y al vino, vino. Tuvo afición por el llanto: ese llanto que lloran los hombres por una mujer; aquel que dista mucho de ser artificioso o fácilmente melodramático.**

la gran ciudad aceptaba cualquier empleo para subsistir, en su versión de mil usos. Relevó también su vocación de atleta y futbolista en ciernes y dio paso al ejercicio del artista del canto y de la composición de música ranchera.

José Alfredo fue un poeta intuitivo, de gran sensibilidad y, a veces, sentimental en extremo; siempre libre de cursilería, aunque gustaba de decirle al pan, pan, y al vino, vino. Tuvo afición por el llanto: ese llanto que lloran los hombres por una mujer; aquel que dista mucho de ser artificioso o fácilmente melodramático. A veces, es verdad, se sobreactuaba aunque nunca con falsía. En “Yo”, su primera composición –escrita en 1946, a los 20 años– se localizaba ya la pauta del eje constructivo y el valor del llanto. Cito la parte medular de la canción:

Yo, yo que tanto lloré por tus **besos**.  
Yo, yo que siempre te amé sin **medida**,  
hoy solo puedo brindarte **desprecios**;  
yo, yo que tanto te quise en la **vida**.

En este ejemplo inicial ya se observaba el arquetipo de su composición y el estilo de sus futuras canciones. Están presentes los elementos sustentadores: 1) el sentimiento humano del hombre latino; 2) la reiteración expresiva como propósito aleccionador; 3) la carga y la presencia de la tradición: se trata de una cuarteta de endecasílabos con rimas alternas. Y, además –y entre otros aspectos–, 4) el sentimiento individual compartido en tono natural con su colectividad; y 5) la burla contra sí mismo, cargada de ironía y formada con base en elementos expresivos y de eficaz comunicación con el auditorio.

En la composición titulada “En el último trago”, insistió de nueva cuenta con el llanto masculino:

Nada me han enseñado los **años**:  
siempre caigo en los mismos **errores**;  
otra vez, a brindar con **extraños**,  
y a llorar por los mismos **dolores**.

En su canción “La que se fue” impuso a su texto otro énfasis: “Si es necesario que lloro, / la vida completa por ella lloro”. Y, en “Ella”, otro de sus éxitos reconocidos, reiteró: “Quise hallar el olvido al estilo Jalisco / pero aquellos mariachis y aquel tequila / me hicieron llorar”. Un último ejemplo, a modo de contrapunto, en donde, por cierto, la que llora no es el ser o la persona sino el alma:

Canta, canta, **canta**,  
que tu dicha es **tanta**  
que hasta Dios te **adora**;  
canta, canta, **canta**,  
palomita **blanca**,  
mientras mi alma **llora**.

El estilo de poetizar y proponer el canto de José Alfredo Jiménez estuvo ligado a las formas experimentadas por la tradición popular; impuso una renovación, en el contexto de la música popular mexicana de la segunda mitad del siglo xx, a la que contribuyó con los gestos y rasgos estilísticos personales. Sus obras no tienen parangón con lo que se componía al dar comienzo a la segunda mitad del siglo anterior y su vigencia ha continuado, inclusive 50 años después de su fallecimiento. **LPyH**

NOTA

\* El compositor José Alfredo Jiménez Sandoval, hijo de Agustín, de 49 años, y de María Carmen, de 25, nació en Dolores Hidalgo, Guanajuato, el 19 de enero de 1926 [véase acta del Registro Civil núm. 111, del 6 de febrero siguiente, ff. 35 r.-35 v.] y falleció en la Ciudad de México, el 23 de noviembre de 1973, poco antes de cumplir los 47 años [véase Registro Civil. Delegación Cuauhtémoc. *Defunciones* 1973, acta núm. 75, del 24 de noviembre].

**Ángel José Fernández** es escritor y académico. Es autor de “Poesía lírica de Francisco de Terrazas. Edición de la ‘Epístola’ y los sonetos” (*NRFH*, 2021), de “Two Poems” (*Latin American Literary Review*, v. 48, núm. 97, 2021) y de “La poética de María Teresa García Cadena” (*Interdualidades literarias*, UV, 2022).